

reunidos y se salva en una estancia llena de ceniza (Palestina, cuya capital es Jerusalem, significa *ceniza* en hebreo)... Si se reflexiona que *Tuphan*, de donde se deriva Typhon, significa *sumersion* en las lenguas orientales; y no parecerá acaso verdaderamente extraordinario y providencial que los egipcios hablando de Typhon le hayan hecho padre de *Judeus* y *Hierosolymus*?

¿No podemos afirmar por ventura, en vista de esas afinidades tan extraordinarias, que, aun suponiendo que sea cierto que todas las revelaciones del abate M. Guerin de Rocher no señalan una identidad bastante grande para que uno se vea obligado á admitirlas sin restriccion, ellas ofrecen un conjunto de tal manera asombroso, que todo lector imparcial tendrá que reconocer forzosamente que, á pesar de sus extrañas equivocaciones, los egipcios copiaron nuestros libros sagrados y adulteraron groseramente las historias más auténticas y verídicas?...

Al mismo tiempo que Tácito afirma que los judíos salieron de Egipto bajo el reinado del rey Bocchoris (Primo-génito), los historiadores egipcios fijan bajo el reinado de aquel rey una gran mortandad y la salida bajo su propio reinado de un pueblo errante por lugares solitarios. ¿No hay aquí un doble plagio, una prueba relevante de la verdad de las usurpaciones hechas por Herodoto á los historiadores sagrados, aunque desfigurándolos de un modo extraño?

Hé aquí, pues, que en respuesta al argumento tan pretencioso de Voltaire: «Cómo Herodoto, al hablar á los griegos, tan ávidos de prodigios y de lo maravilloso, nada les dice de las famosas plagas de Egipto, del combate de magia entre los magos de Faraon y el ministro del Dios de los judíos, de un ejército entero sumergido en el fondo del mar Rojo, de las aguas levantadas como montañas á derecha é izquierda para dejar pasar á los hebreos, y que al volver á caer sepultan á los egipcios? etc.» nosotros estamos autorizados para hacer ver hoy en Herodoto, no ya solamente aquello que él nos pide, es decir, algunos tra-

tados inconexos y aislados, sino la sustancia misma de la historia sagrada concerniente á los egipcios, copiada por los historiadores, insinuando el órden de los reinados, y de una manera muy clara, á pesar de las alteraciones más groseras.

Motivo hay aquí todavía para preguntarse una vez más, como es posible que los enemigos de la revelacion tengan el triste valor de cotejar, y el valor más odioso aun, de preferir á Moisés, Herodoto, Maneton, Diodoro de Sicilia, etc. Eso es evidentemente preferir el desórden al órden, la fábula á la historia, lo inverosímil á lo verosímil, el error á la verdad.

*El paso del Jordan.*—«Josué dijo al pueblo: Santificaos, porque mañana el Señor obrará portentos en medio de vosotros... Hé aquí que el arca de la alianza del Señor caminará delante de vosotros al través del Jordan... Cuando los sacerdotes que llevan el arca... hubieron entrado en el Jordan y sus pies comenzaron á mojar-se (porque el Jordan habia cubierto sus orillas en el tiempo de la siega), las aguas que descendían paráronse en un solo lugar, y elevándose como una montaña, se hacían *visibles de lejos*, desde la ciudad que es llamada Adom hasta el sitio apellidado Sarthan; mas aquellas que se hallaban debajo descendieron hácia el mar del desierto (que ahora es llamado el mar Muerto) hasta que estuvieron completamente agotadas. Pues bien, el pueblo caminaba hácia Jerico, y estando los sacerdotes que conducían el arca del Señor parados sobre la tierra seca en medio del Jordan, los sacerdotes y todo el pueblo pasaban al través del lecho del Jordan enjuto.» (Josué, cap. III, v. 5-17). Por órden del Señor «Josué llamó á sí doce hombres... uno de cada tribu, y les dijo: Id delante del arca del Señor vuestro Dios, en medio del Jordan, y traed de allí cada cual una piedra sobre vuestros hombros, y cuando vuestros hijos os interrogarán mañana diciendo: ¿De dónde proceden estas piedras? vosotros les responderéis: las aguas del Jordan se di-

siparon delante del arca de la alianza del Señor, cuando ella pasaba: por eso estas piedras han sido colocadas como un monumento... Al través de su cauce diseado es por donde Israel ha cruzado el Jordan... del mismo modo que lo había hecho anteriormente respecto del mar Rojo hasta que nosotros hubimos pasado... Josué hizo colocar estas doce piedras en medio del lecho del Jordan donde se detuvieron los sacerdotes que llevaban el arca de la alianza, y dichas piedras están allí hasta el presente día.» (Cap. IV, v. 1-11).

El no tomar esa reseña al pié de la letra, el querer que los hebreos hayan cruzado el Jordan sobre un puente ó por un vado que existía aún en tiempo de las mayores avenidas, es el colmo de la arbitrariedad ó aun de la sinrazon, es negar la verdad de la narracion bíblica, la veracidad de los escritores sagrados.

Aquí se trata á todas luces de un milagro patente, anunciado de antemano, en el cual la maravillosa arca de la alianza toma su parte, referido en todos sus detalles, incompatibles ó inconciliables con toda idea de puente ó de vado, monumentalizado en cuanto es un hecho divino, como el paso igualmente milagroso del mar Rojo. Sin duda que el Jordan tenía sus vados al menos en ciertas estaciones del año, puesto que de ellos se habla sin cesar en la santa Escritura. Mas es muy probable, ó al menos posible, que en la época del desbordamiento de sus aguas, los vados estuvieran infranqueables; en todo caso Josué no intentó el paso en un punto vadeable. En cuanto á la asercion ridicula, ó por mejor decir, al mentís insolente de Voltaire, de que la siega sobre las orillas del Jordan hacíase en el mes de junio y no en el mes de abril, es victoriosamente refutada por el hecho de que las primicias de la mies de cebada eran ofrecidas al Señor el día siguiente de la fiesta de Pascua, el décimoquinto de la luna de marzo; y las de la siega del trigo, el día de Pentecostés, que caía frecuentemente, en mayo. El mes de abril era, pues, el tiempo de la siega plena.

En la *Descripcion de la Samaria* (tomo 10, pág. 242) M. Victor Guerin, testigo ocular de los hechos, dice: «La recoleccion de los trigos, en el valle del Jordan y en la zona inferior de los valles que á ella llevan, tiene lugar en efecto de ordinario hácia fines de abril, y lo más tarde, á principios de mayo; la de la cebada hácese naturalmente más temprano. No debe extrañarse esta madurez precoz de los cereales en dicha parte de la Palestina, puesto que sabido es cuán grande es la depresion del valle del Jordan relativamente al nivel del Mediterráneo.»

Muchos viajeros, Dourdan, por ejemplo, afirman que en el mes de Nivoso, el primer mes del año, hace ya muchísimo calor, y que, en vez de no tener más que cuarenta y cinco piés, como lo afirma Voltaire tan gratuitamente, la anchura del rio es tal, que fuera menester el brazo de un hombre vigoroso para lanzar con la honda una piedra de una orilla á otra. ¿Qué podía ser ello, pues, en los tiempos de las inundaciones?

Es absolutamente cierto que las doce piedras colocadas en el seno del río, en los lugares en que los sacerdotes se habian detenido, son distintas de las doce piedras tomadas en el centro del río y que sirvieron para el monumento de Gálgala, situado á tres leguas del Jordan. Y puesto que san Jerónimo dice acerca de las doce piedras que estaban todavía allí en su tiempo, acaso sea posible encontrarlas, cuando, partiendo de los datos de la santa Escritura, ó de las dos localidades, Adom y Sarthan, entre las cuales veíanse las aguas hácia abajo elevarse como una montaña, algun excursionista inteligente y celoso haya encontrado el lugar del paso del Jordan. Hé aquí ya una confirmacion de ese género, de la cual tomé yo la iniciativa y tambien alguna gloria.

*Los silices labrados ó cuchillos de piedra de Josué.*—«El Señor dijo á Josué: Hazte cuchillos de piedra y cincuncida por vez segunda á los hijos de Israel... Él hizo como le había mandado el Señor... Despues que estuvieron todos

circuncidados, permanecieron en el mismo lugar hasta que estuvieron curados... Y aquel lugar hasta el presente día ha sido apellidado con el nombre de Gálgala» (cap. V, v. 2-9). Había rogado al abate M. Richard, el célebre hidrogeólogo, que no saliera de la tierra, donde buscaba algunos manantiales de agua, sin haber encontrado los cuchillos de piedra de Josué. El siguió mi indicación, y ha sido generosamente recompensado por ello. Hé aquí lo que me escribía desde Beyruth con fecha del 20 de junio de 1870: «Gálgala es un pequeño cerro que los indígenas denominan Tell-Jedjoul, distante de Jericó como unos dos kilómetros. Dicho cerro está lleno de piedras, entre las cuales encuéntrase una cubierta de cruces. Allí véñse también restos de mosaico, y en todo el circuito, sobre un rádio de algunos kilómetros, véñse también instrumentos de sílice pequeños, diseminados sobre el suelo, algunas veces dentro del suelo, con una multitud de fragmentos...»

La *Vulgata* sólo habla de los cuchillos de piedra de Gálgala, mas la version de los Setenta añade que, al enterrar á Josué, los hijos de Israel pusieron en su sepulcro algunos cuchillos de piedra de la circuncision... Y hé aquí que el abate M. Richard añade: «Yo quise ver el sepulcro de Josué, y el 3 de junio último, en compañía del abate M. Pasah y de un cheik del pueblo de El-Birzerth, encontré cuchillos de sílice en abundancia. Estaban confundidos con la tierra en las divisiones ó pasillos de la cámara funeraria, y con los restos de que dicha cámara está llena. Las formas de los sílices me han asombrado; casi todos ellos son cuchillos... Donde quiera que he reconocido escombros del sepulcro, los he encontrado... Púédese, además, afirmar que tienen mucha semejanza con aquellos que fueron encontrados en las llanuras del Jordan y en Gálgala; estoy convencido de su identidad...»

Séame permitido, con motivo del memorable descubrimiento del abate M. Richard, hacer constar una vez más la fatal tendencia que arrastra á ciertas personas, aun

ilustradas y amigas de cierta ortodoxia, á dar á la palabra revelada mentis desesperadores.

El primer pasaje de los Libros santos donde se trata de la circuncision practicada con un pedernal ó cuchillo de piedra, nos es ofrecido por el Éxodo (cap. IV, v. 25 y siguientes). «Séfora, la mujer de Moisés, tomó al instante una piedra muy aguda y circuncidó á su hijo.» Trátase clarísimamente aquí de una piedra, *petra acutissima*, lo mismo que se trataba en Gálgala de cuchillos de piedra. Pues bien ¿quién lo creyera? M. Chabas, egiptólogo distinguido, y que en más de una ocasion, se ha declarado favorable á la revelacion, en sus *Estudios sobre la Antigüedad histórica, segun las fuentes egipcias y los monumentos prehistóricos* (París, 1872. Maisonneuve y C., pág. 455 y siguientes), haciendo muy poco caso de la autoridad de los Setenta y de san Jerónimo, no vacila en decir: «No es de ningun modo una piedra aguda, sino solamente un cortante, una hoja y cuya materia no está indicada, lo que Thsephorah tomó para circuncidar á su hijo.» En vanos es que interrogando á las tradiciones talmúdicas, M. Chabas atestigüe que era permitido servirse y que se hizo uso en muchas ocasiones para la circuncision de una piedra, ó de un pedazo de vidrio, de navajas de piedra, etc.; él persiste con una tenacidad incomprensible (pág. 473), en «considerar como positivamente fundada en un error la opinion que quiere que los antiguos israelitas hayan, en una época cualquiera, empleado instrumentos de piedra para la circuncision.» El mismo escribía en 1872, despues del descubrimiento hecho por el abate M. Richard, sobre el cerro de Gálgala y en el sepulcro de Josué, de los cuchillos de piedra fabricados por Josué; pues él había sido dicho descubrimiento, pero eso no le detiene de ningun modo, y hé aquí cómo se desembaraza de ello prontamente (pág. 457): «En un sepulcro recientemente descubierto en Palestina, se han encontrado algunos cuchillos de sílice, y en esa circunstancia ha querido verse una prueba en apoyo de la hipótesis de que

dicho sepulcro es el de Josué. La presencia de los cuchillos de piedra en las tumbas, así en Palestina como en Egipto, nada tiene de extraordinario y no forma un carácter distintivo.» ¿Es posible desnaturalizar los hechos más completamente? No ha sido por haberse descubierto en un sepulcro algunos sílices, ó los cuchillos de la circuncision, el que se haya inferido que se trataba en realidad del sepulcro de Josué; ha sido, por el contrario, por tratarse del sepulcro de Josué, descubierto por M. Victor Guerin y reconocido por M. Saulay, que el abate M. Richard por mi indicacion ha ido á pedirle los sílices, de los cuales la version de los Setenta decia, conforme M. Chabas mismo atestigua (pág. 457): «Los hijos de Israel sepultaron con Josué los cuchillos de piedra con los cuales él habia circuncidado al pueblo en Gálgala.» M. Chabas sabia aún tal vez que M. de Saulay habia dicho, en su *Viaje á la Tierra Santa* (tomo II, pág. 237): «Los tales cuchillos debieron quedar en el sepulcro del hijo de Nun, y muy probablemente los recogerá aquel que se tome la molestia de ir á buscarlos.» Empero, el espíritu de sistema no tiene oídos, él no se rinde ni aun á la evidencia. Yo doy fin á este doloroso episodio, indicando que el abate M. Richard ha encontrado sobre el Sinaí mismo, cerca de los lugares en que Séfora circuncidó á su hijo, un gran número de sílices, uno de los cuales, muy prolongado, con los bordes sinuosos y muy agudos, recuerda enteramente la *petra acutissima* del Génesis.

Hé aquí, pues, una confirmacion harto manifiesta de la verdad absoluta de los Libros santos. Terminaremos este capítulo con algunos otros ejemplos del mismo género. Ellos van multiplicándose mas y más, sin que la inmensidad de las investigaciones ya ejecutadas hayan jamás producido ni la sombra siquiera de una contradiccion.

*Acuerdo en general de los descubrimientos egipcios y de la Biblia.*—Estracto de una carta escrita por Champollion á monseñor Testa, con fecha del 17 de mayo de 1827.

«Dentro pocos dias, tendré el honor de remitiros un folleto, conteniendo el resumen de mis descubrimientos históricos y cronológicos. Es la indicacion sumaria de las fechas ciertas que llevan todos los monumentos existentes en Egipto, y sobre los cuales debe desde ahora basarse la verdadera cronologia egipcia. MM. de San Quintino y Lanci encontrarán allí una respuesta perentoria á sus calumnias, puesto que yo allí demuestro que ningun monumento egipcio es realmente anterior al año 2200 antes de nuestra era. Es ciertamente una grandisima antigüedad, mas nada ofrece de contrario á las *tradiciones sagradas*, y me atrevo á decir aún que las confirma bajo todos conceptos; en efecto, adoptando la cronologia y la sucesion de los reyes sumiñistradas por los monumentos egipcios, la historia egipcia concuerda admirablemente con los Libros santos. Así, por ejemplo: Abraham llegó á Egipto hácia 1900, es decir bajo los *reyes pastores*. Los reyes de la raza egipcia no hubieran permitido de ningun modo á un extranjero entrar en su país. Es igualmente bajo un rey pastor, cuando José es ministro en Egipto y establece allí á sus hermanos, lo cual no hubiera podido tener lugar bajo los reyes de raza egipcia. El jefe de la dinastia de los Diospolitanos, dicha la XVIII', es el *rex novus qui ignorabat Joseph* de la Escritura santa, el cual, siendo de raza egipcia, no debia conocer absolutamente á José, ministro de los reyes usurpadores; fué aquel que redujo á los hebreos á la servidumbre. El cautiverio duró tanto como la dinastia XVIII', y fué bajo Ramsés III ó Amenophis, á principios del siglo xv, cuando Moisés libertó á los hebreos. Esto acontecia durante la adolescencia de Sesostris, que sucedió inmediatamente á su padre, y sus conquistas en Asia tuvieron lugar, mientras que Moisés é Israel peregrinaron por espacio de cuarenta años por el desierto. *Por eso los libros no deben hablar de aquel gran conquistador.* Todos los demás reyes nombrados en la Biblia, encuéntranse en los monumentos egipcios, en el mismo orden de sucesion y en las

épocas precisas en que los Libros santos los colocan. Añadiré aún que la Biblia escribe mejor sus verdaderos nombres de lo que hicieron los historiadores griegos. Yo desearia saber qué pueden responder ahora aquellos que insinuaron maliciosamente que los estudios egipcios tienden á alterar la creencia en los documentos históricos suministrados por los libros de Moisés. La aplicacion de mi descubrimiento viene, por el contrario, invenciblemente en apoyo de los mismos.»

El ilustre sabio murió ¡ay! pocos años después, el 4 de mayo de 1832, antes de haber podido realizar su grande obra.

*Roboam, rey de Judá.*—Sobre una muralla de Karnac fué donde Champollion descubrió este hecho tan curioso, que viene á ser á la vez una prueba de la lectura de los jeroglíficos y un indicio de la luz que dicha lectura puede suministrar á la historia. «Sobre el muro meridional de la gran sala de Karnac hállase representado el rey egipcio *Sesonch*, arrastrando á las plantas de sus dioses un gran número de figuras humanas; todas ellas llevan escrito sobre el pecho el nombre de los pueblos y países de los cuales son ellas como personificación. Champollion leyó muy distintamente, y todo el mundo puede, como yo mismo he hecho, leer despues de él, sobre el pecho de una de aquellas figuras: *Jud Malh*, que significa en hebreo, *reino de Judá*. No debe extrañarse el ver una palabra extranjera escrita en caracteres jeroglíficos, es decir, en letras egipcias. Otro tanto hacemos nosotros, cuando escribimos en letras francesas, el *pachalik* de Damasco ó el *beylik* de Constantina. El Libro de los Reyes nos manifestaba que el rey egipcio *Sesac*, en el cual es imposible dejar de reconocer al rey *Sesonch* de Karnac, habia tomado á Jerusalem y conducido cautivo al rey *Roboam*; y hé aquí que se descubre el *reino de Judá* en los países de los cuales *Sesonch* ha triunfado. ¿Era posible acaso encontrar una concordancia más sorprendente entre el Libro de los Re-

yes, los monumentos egipcios y las listas de Maneton, que colocan aquí un *Sesonchis*, evidentemente el mismo que *Sesonch*? Así, pues, nosotros nos hallamos en posesion, hácia fines del siglo x antes de Jesucristo de un punto de defensa, y por decirlo así, de un punto de apoyo inquebrantable, suministrado á las vacilaciones cronológicas, y por los cuales se conseguirá el remontarse mucho más arriba.» (*Anales de filosofía cristiana*, tom. VII.)

*Chodorlahomor y Amraphel.*—Chodorlahomor, rey de los elamitas, y Amraphel, rey de Sennaar, son (Génesis, cap. XIV, v. 1-5) dos de los cuatro reyes que declararon la guerra á los reyes de la Pentápolis; sus nombres no figuran en ninguna otra parte. Empero, hoy el célebre asiólogo, M. Jorge Smith, cree haberlos encontrado en las inscripciones cuneiformes. Él escribia al Ateneo inglés: «He publicado una reseña de la conquista de Babilonia por el rey elamita Kudur-Nankundi, y allí espongo mi conviccion de que Kudur-Nankundi era el mismo que el Kudur-Mabug de los ladrillos de Maghur y el Chodorlahomor del Génesis. Pues bien, trabajando en el British-Museum [Museo Británico] he encontrado algunas pruebas que demuestran la identidad de Kudur-Mabug y de Chodorlahomor. Parece ser, por las inscripciones de los ladrillos, que Kudur-Mabug no tomó el título de rey de Babilonia, sino que lo dió á su hijo; y supuesto que en el relato del Génesis, Chodorlahomor iba acompañado de un rey de Sennaar, nombrado Amraphal, me ha parecido que, si el hijo de Kudur-Mabug era Amraphel ó Amraphal, segun lo escriben los Setenta, ese hijo seria Chodorlahomor. Este nombre significa *servidor de la diosa Luna*; pues bien, en el nombre del hijo de Kudur-Mabug, la diosa luna es expresada por dos signos que se pronuncian *bel-lik* en la lengua semítica, lo que le aproxima bastante al *phe*l ó *pha*; y como, por otra parte *amar* significa *servidor* (*amarha*, tu servidor), resulta de ahí que el nombre entero del hijo de Kudur-Mabug debe leerse Amar-Bellih

que es, no puedo dudar de ello, el Amraphal ó el Amraphel del Génesis. Y hé aquí la traducción de la inscripción de Kudur-Mabug del British-Museum: «Al Dios Kurki (la Luna) su rey Kudur-Mabug conquistador de la Siria... por su vida y por la vida de Amar-Bellih (Amarphal), rey de Luisa (Senkerch, Sennaar) construyen el templo de Rabu de Hurki...» Dichas inscripciones, añade M. G. Smith, son los monumentos más antiguos que se conocen con referencia á la historia de la Biblia... Los ladrillos fueron fabricados y grabados por orden de Chodorlahomor y Amraphal, contemporáneos y rivales de Abraham, hace cuatro mil años (1).

*Alocucion de Ramsés III.*—M. Eisenlohr, sabio egiptólogo de Heidelberg, publicó en 1872 el más bello, el más grande, el mejor escrito y el mejor conservado de todos los papiros egipcios, encontrado en un sepulcro por M. Harris, editor inglés del *Hieroglyphical Standard*, habiéndose reconocido que dicho papiro es un homenaje patente rendido á la verdad de los Libros santos, un testimonio treinta veces secular (son las propias expresiones de M. Eisenlohr) de la fundacion del culto mosaico. El texto del papiro es una allocucion del rey Ramsés III sobre los preclaros hechos de su reinado. Este refiere como consiguió sofocar una revolucion religiosa, que no era otra cosa que el monoteísmo de Moisés, y la série de los sucesos que condujeron al fúxodo de los israelitas. Sabíase ya, pero de un modo mucho menos auténtico, que Moisés habia sido contemporáneo de Ramsés III, y que si él no habia hablado de las conquistas de Sesostris, hijo de aquel gran monarca, fué por haber estas tenido lugar durante la morada de los hebreos en el desierto.

*Los Rechabitas.*—Jonadab, hijo de Rechab, que vivia en tiempos de Jehú, rey de Israel, ordenó á sus descendientes (Lib. IV de los Reyes, cap. X, v. 15) que no bebiesen

(1) Véase la rectificacion de la página XII del tomo primero.

ran jamás vino, no construyeran casas, no sembraran grano alguno, no plantaran viñas, y permanecieran debajo de las tiendas durante toda su vida. Trescientos años más tarde, el último año de Joachim, rey de Judá, Nabucodonosor, habiendo ido á poner sitio á Jerusalem, los rechabitas viéronse obligados á abandonar el campo y volver á la ciudad sin que cesaran no obstante de habitar debajo de las tiendas. Durante el sitio, Jeremías recibió orden del Señor de ir en busca de los discípulos de Rechab, de hacerles entrar en el templo y de presentarles vino para beber (Jeremías, cap. XXXV, v. 1 y siguientes), más los rechabitas respondieron: «Nosotros no beberemos vino, porque Jonadab, hijo de Rechab, nos ha prohibido beberlo, y nosotros le hemos obedecido hasta hoy, nosotros y nuestras mujeres, nuestros hijos y nuestras hijas.» Jeremías repuso: «Porque vosotros habeis obedecido las palabras de Jonadab vuestro padre, y observado sus mandatos, la raza de Jonadab no cesará de engendrar hombres que servirán siempre en mi presencia.» Es como una promesa de duracion indefinida. Veamos cómo ella se cumplió. Benjamin de Tudela (*Itinerario*, páginas 75 y 76) dice que él vió en sus viajes un gran país habitado por los hijos de Rechab, apellidados pueblos de Thema, en número de unos cien mil hombres. Ellos no tenian otra morada que algunas cavernas, cultivaban los campos y criaban rebaños, sin que hicieran jamás uso de vino ni de carne, y siempre iban vestidos de negro.

M. Wolf, que viajaba por Arabia hace cerca de cuarenta años, dice haber encontrado cerca de la Meca una tribu que se identificaba á sí misma con los descendientes de Rechab. Dicha tribu componíase de sesenta mil individuos y seguía exactamente las órdenes de Jonadab.

Veinte años más tarde, el 30 de noviembre de 1860, M. Pierrotti volvió á encontrar rechabitas cerca de Aimel, villorrio miserable situado á nueve leguas al sud-este del mar Muerto, sobre el camino que conduce de Damasco á la Meca: al pasar por Kerab, Jacub, jefe del campo,

hombre bien vestido, de bella estatura, de ojos perspicaces y osados, díeles los informes siguientes: «Nosotros somos los Beni-Rechab; vivimos según las instituciones de Jonadab, su hijo. Los beni-rechab que habitan los desiertos son numerosos. Nosotros todos somos cuarenta mil, y acaso más... Nuestra lengua es el hebreo. (Ellos me mostraron un pequeño *Pentateuco* manuscrito y un rollo ó documento de historia.) Dios nos guarda hace algunos siglos y continúa guardándonos; toda otra protección es inútil. En el desierto nosotros tenemos lo necesario, sólo queremos ser los servidores de Dios. En otros tiempos, hicimos frente á Mahoma y á los cristianos y somos libres. Todo recién-nacido es circuncidado por el Kaham (el rabino) al cabo de ocho días. El sábado es el día en que nosotros oramos en comun; aquel día ofrecemos un cordero. Celebramos la Pascua, tenemos algunos ayunos; algunas veces comemos camello, pero las más de las veces carne de degollado, de suerte que sea derramada la sangre. No comemos cerdo, sino langostas cocidas ó reducidas á polvo y mezcladas con un poco de trigo, para hacer una especie de pan. El trigo, la cebada, el maíz y el arroz son á veces muy raros, pero las cebollas y las raíces jamás faltan.» Como yo bebiera agua adicionada con un poco de raki (aguardiente), se lo ofrecí, mas ellos rehusaron diciendo: «Nuestra ley prohíbe eso...» Todas las leyes dadas por Moisés hallanse en vigor entre ellos; ellos afirman que la muerte es siempre segura para el hijo que maldice á su padre y madre. Los hombres guardan los rebaños, cazan y recogen las langostas, permutan los ganados, etc.; las mujeres cuidan de los niños, preparan las comidas, ordeñan las ovejas, hilan la lana ó los pelos de cabra ó de camello. Ellos están familiarizados con los personajes bíblicos, Elías, Eliseo, Isaias y Jehú. El rabino observa el precepto mosaico. (*Sacerdotes non radent caput, nec barbam.* Levit., XXI, 5.) El campamento hallábase dispuesto en círculo: en el centro habia el espacio ocupado por los animales: bellas yeguas, caballos lige-

ros, dromedarios magníficos. Todas las tiendas ofrecen el aspecto de tener buenas condiciones; ellas no albergan de ningún modo á miserables. (*La Palestina actual en sus relaciones con la Palestina antigua.* In-8.º. Paris, 1855, Roht Schild.) Así pues, los rechabitas de Jeremías existen todavía, como él les habia predicho, al paso que las doce tribus de Israel se hallan dispersas desde largo tiempo, bajo el peso de las maldiciones divinas; dichos prosélitos del judaísmo subsisten siempre en cuerpo de tribu, tales como se hallaban en la época de Jehú, rey de Israel, 884 años antes de Jesucristo. Ellos observan siempre las austeras prescripciones de Jonadab, su padre; ellos son numerosos y prosperan.

*Los Ismaelitas.*—«Ismael será semejante á un asno salvaje; él levantará su mano contra todos, y todos levantarán la mano contra él.» El 11 de enero de 1858, el mencionado M. Pierrotti (*Rechabitas encontrados*, cap. VIII. Howard, Lausana, 1868) dice haber encontrado en Tiberiades algunos hombres de la tribu de los Yahudie-el-Bekir, los cuales le dijeron: «Nosotros somos los hijos de Ismael, hijo de Abraham; nos hemos conservado ismaelitas, no somos musulmanes; nuestro nombre significa *Judíos grandes y antiguos*. Nosotros estamos circuncidados, bebemos vino, sembramos algun poco, pero somos sobre todo pastores y poseemos muchos ganados. Somos cerca de diez mil; habitamos la antigua Ituria, al nor-este del Jordan. Descansamos el sábado, como hacia nuestro padre Ismael, y tenemos tambien otras fiestas.» M. Pierrotti añade: «Ellos habian el árabe y no conocen el Pentateuco. Hombres y mujeres llevan casi todos nombres bíblicos, á los cuales añaden el nombre del padre y algunas veces de la madre, según la antigua usanza. Comen toda clase de serpientes, lagartos y aves de rapina. Sus costumbres y trajes son un retrato viviente de los de los antiguos patriarcas. Los juramentos, las contratas, etc., hácense como en tiempo de Abraham. Ellos se sienten

engreidos de su origen y de su libertad; aman á los nómadas del desierto, mas desprecian profundamente á los cultivadores árabes; su Cheik toma el nombre de Ismael.» Habiéndoles preguntado M. Pierrotti si conocían á los beni-rechab, le contestaron: «Los beni-rechab constituyen una tribu numerosa; habitan al sud del mar Muerto. No cultivan la tierra, ocupanse de los ganados, no contraen alianza alguna con las demás tribus y permanecen adheridos á su instituto.» Todo lo cual concuerda muy bien con lo que precede. En cuanto á mí, añade M. Pierrotti, declaro que en los Yaudie-el-Kebir, he reconocido á los verdaderos Beni-Ismael del Génesis. Los judíos y los árabes indígenas están contestes en reconocer en ellos á los ismaelitas de antigua raza; y que ellos solos poseen la pura creencia del verdadero Dios; y que por feroces que ellos sean, no atentan jamás contra la vida de sus semejantes, á menos que no se les oponga la fuerza. Ellos son muy leales en su comercio con los habitantes del desierto. «Que un pueblo inteligente, laborioso, y rodeado durante muchos siglos de otras naciones civilizadas y entregadas al Injo, haya desde su origen hasta el presente permanecido un pueblo errante, no haya podido ser subyugado, ni haya cambiado de ningún modo; eso es, en verdad, decía el célebre viajero inglés, sir Roberto Kie Porter, un milagro subsistente, uno de esos hechos misteriosos que establecen la verdad incontestable de las profecías.» Los árabes, como los rechabitas y los ismaelitas, hijos de Abraham por el hijo que este tuvo de Agar y de Cethura, profesan la más profunda veneración al ilustre y santo patriarca. Ellos no le llaman más que el muy amado, El-khalet, y han dado aun su nombre de El-khalet á la ciudad de Hebron, cerca de la cual él vivió, y donde sus cenizas reposan todavía en un espacioso sepulcro.

*Mesah, rey de Moab y Ochozías.*—La santa Biblia refiere (Libro IV de los Reyes, cap. III, v. 4 y siguientes) que

después de la muerte de Achab, Moab sublevóse contra Israel. Ella añade que el rey moabita se llamaba Mesah, que este rehuyó pagar á Ochozías, hijo y sucesor de Achab, los cien mil corderos y las cien mil ovejas llevando su lana, que él entregaba anualmente al rey de Samaria. Sin embargo, el libro segundo de los Paralipómenos parece indicar que Mesah venció al principio á Israel, y que la suerte de sus armas solo fué detenida por la discordia que le separó de sus aliados. «El Eterno, dice él (cap. II, v. 22), puso asechanzas entre los hijos de Ammon, los moabitas y los del país de Seir: ellos cooperaron á su destrucción mútua.» Los turistas ó viajeros indicaban desde algunos años acá, en las cercanías del mar Muerto, la existencia de un gran pedazo de basalto, de un azul subido, pesando más de mil kilogramos, sobre el cual aparecían algunas huellas poco profundas, es cierto, mas cuyo conjunto podía ser una inscripción.... Un jóven francés, canceller de nuestro consulado en Jerusalem, resolvió inspeccionar la piedra basáltica de Dhikan... Un árabe bien pagado por él, después de algunas pláticas y algunas conferencias con el jefe de la tribu de los beduinos, imaginó una estratagema, merced á la cual pudo obtener una estampa un tanto mutilada, que reveló una inscripción antiquísima, escrita en hebreo, con los caracteres arcaicos de los fenicios. Parece que la piedra reclamada de los beduinos por el gobierno otomano, fué resquebrajada por ellos; pero M. Clermont Gunneau logró procurarse bastantes pedazos de la misma para llegar á completar su estampa y adquirir la inscripción entera, salvo una treintena de palabras, poco más ó menos. Es, dice M. Renan, el descubrimiento más importante que jamás se haya efectuado en la epigrafía oriental. En nuestra nación, M. de Vogue es el que ha tenido el honor de descifrar, traducir y publicar la inscripción moabita; y hé aquí lo que ella nos ha revelado desde luego: «Yo soy Mesah, hijo de Chamos, hijo de Moab. Soy el que construyó los muros, levantó la esplanada y ofreció los sacrificios. Me llamo



Mesah, porque fui salvado... (aquí hay un vacío, mas bien puede notarse la analogía del nombre de Mesah salvado, de... con el de Moisés salvado de las aguas). Yo Moab peleé contra Israel y restauré tal ciudad... Chamos humilló a Jehová. Todos los prisioneros de guerra fueron inmolados á Chamos.» Hé aquí, pues, que dicha lámina nos hace conocer el nombre y los actos de Mesah, representado por la Biblia como rey de Moab, y nos revela una campaña hecha por los moabitas contra Israel. campaña que el Libro de los Reyes sólo nos deja sospechar. El sagrado texto nos indicaba además que Joram, sucesor de Ochozías, asociado á Josphat, rey de Judá, en la primera campaña en que el ejército perdióse en el desierto por carecer de agua y fué salvado por Eliseo, tomó su revancha y derrotó á Mesah. Empero la estela no registra de ningún modo dicha sangrienta derrota. La historia escrita por paganos solo relata las victorias. Solo la Biblia tiene la sinceridad de referir los descalabros del pueblo de Dios, sobre todo cuando esos descalabros tienen el carácter de un castigo.

*Sennacherib y Ezechías.*—IV libro de los Reyes, c. XVIII y XIX. «El año décimo cuarto del rey Ezechías, Sennacherib, rey de los asirios, subió hácia todas las ciudades fortificadas de Judá... Y Ezechías envióle mensajeros diciendo: Retírate lejos de mí, y todo lo que tú me impondrás, yo lo soportaré... Por lo cual el rey de los asirios impuso á Ezechías, rey de Judá, trescientos talentos de plata y treinta de oro... Ezechías le dió toda la plata encontrada en la casa del Señor y el tesoro del rey. Isaías, hijo de Amós, hizo decir á Ezechías sobre el rey de los asirios: Él no entrará en Jerusalem, no arrojará flecha alguna contra ella, ni un solo escudo la ocupará... Yo protegeré aquella ciudad, y la salvaré á causa de mí y de mi siervo David... Sucedió, pues, en aquella noche que vino un ángel del Señor y mató en el campo de los asirios ciento ochenta mil hombres... Cuando al amanecer él se levantó, vió

todos los cuerpos de los muertos, y se fué... Así se volvió Sennacherib, rey de los asirios, y permaneció en Ninive...» Pues bien, hé aquí que en estos últimos años (*Anales de Filosofía cristiana*, tomo LIX, pág. 179) M. Oppert leyó, escrita en caracteres cuneiformes, sobre un prisma, la inscripción siguiente: «Sennacherib, el gran rey, el rey poderoso, el rey de las legiones, el rey de Asiria y de las cuatro regiones... Yo hice salir á Padi de Jerusalem, y yo le reintegré en su soberanía. Mas Ezechías el judío no se sometió. Hubo cuarenta y cuatro ciudades muradas... con las cuales yo combatí, domando su orgullo... Auxiliado por el fuego, la matanza, los combates y las torres (máquinas) de guerra, tomé cuarenta y cuatro grandes ciudades, villas muradas y lugares pequeños. Yo las ocupé, hice salir de ellas dos mil ciento cincuenta personas, grandes y pequeñas, hombres y mujeres, mulos, caballos, bueyes y carneros sin número, y yo los tomé como cautivos. En cuanto á él (Ezechías), yo le encerré en Jerusalem, la ciudad de su poder, como un ave en su jaula... Él envió para mí en Ninive, la ciudad de mi soberanía, con treinta talentos de oro y cuatrocientos talentos de plata..., metales, rubies, perlas y gruesos diamantes, sillas de montar de piel, tronos guarnecidos de cuero, ámbar, pieles de becerro marino, madera de sándalo, madera de óbano, el contenido de su tesoro...» Como se ve, dejando á un lado la exageración y el énfasis, el acuerdo es perfecto. Hállanse nuevamente los treinta talentos de oro, el contenido del tesoro, etc.; la inscripción asiria exagera los talentos de plata. Ella no confiesa claramente que Sennacherib no pudiera tomar á Jerusalem; pero lo deja adivinar, sin hacer no obstante alusión alguna á su milagrosa derrota.

Por su parte, M. Rawlinson ha descifrado algunas otras inscripciones, las cuales con caracteres y circunstancias diferentes confirman la narración de los Libros santos (*Anales de Filosofía cristiana*, tomo II, página 245)... «Como Ezechías rehusara someterse á mi domi-

nacion, yo le arrebaté y saqué cuarenta y seis ciudades fortificadas é innumerables otras ciudades que le pertenecian. Déjle sin embargo Jerusalem, su capital, y algunos otros lugares insignificantes de los alrededores... Yo me llevé treinta talentos de oro y ochocientos talentos de plata (ta cifra es en esta vez doblada), los tesoros de los nobles de la corte... Yo volví á Ninive... considerando dicho bolin como el equivalente del tributo que él rehusaba pagarme...» Añadamos que Beroso refiere, casi en los mismos términos que el Libro IV de los Reyes, la manera vergonzosa con que Sennacherib perdió la corona con la vida.

Después de dicha época fué cuando Ezechías cayó enfermo y fué curado milagrosamente. La Biblia dice que Baladan, rey de Babilonia, le escribió para felicitarle. Pues bien, por una parte tenemos que Beroso nombra á Balad, el rey que usó tal cortesía, y que, después de haber asesinado á su predecesor, habiase apoderado del trono; y por otra parte M. Rawlinson ha atestiguado, por las inscripciones, que el rey Merodach-Baladan es el mismo á quien Sargon hizo la guerra durante una gran parte de su reinado, y que envió algunos años más tarde un embajador á Ezechías. Sennacherib y Merodach-Baladan son, pues, lo mismo que Ezechías, personajes históricos, mal que pese á la incredulidad moderna. La inscripcion del prisma poné estas palabras en boca de Sennacherib: «Yo vencí á Merodach-Baladan, rey de la baja Caldea... En medio de la batalla... él huyó furtivamente y escapóse hácia su palacio que está en Babilonia. Mas yo abrí su tesoro, cogí el oro, la plata...; sus mujeres, sus magnates, sus soldados... les hice salir y los vendí como esclavos...» La inscripcion, en fin, nos refiere una segunda campaña contra Merodach-Baladan, añadiendo: «A mi regreso, coloqué sobre el trono de su soberanía á Assurnadim, mi hijo mayor, el vástago de mi bendicion. (*Oppert: Inscripciones asirias de los Sargonidas: Anales de Filosofia cristiana*, tomo LXV, pág. 194.)

*Ruina de Babilonia.*—[Coincidencia extraña! Mientras que Babilonia caía bajo los golpes de Sennacherib, Isaías decia á Ezechías (cap. XXXIX v. 6-7): «Sé acerca el día en que todas las riquezas de tu palacio, todos los tesoros acumulados por tus padres y por tí mismo serán conducidos á Babilonia. No restará de ellos ni una particula... tus descendientes serán esclavos en los palacios de Babilonia...» Y cuando Ezechías ve caer bajo sus ojos el poder de Babilonia, es cuando se le participa que Babilonia vencerá á Jerusalem... Y no para aquí todo: después de haber anunciado el cautiverio que Babilonia hará pesar sobre la Judea, Isaías manifiesta el término del mismo: «Yo Jehová, el Dios redentor de Israel, cumpliré las promesas de misericordia hechas á mi pueblo. Yo diré á Jerusalem: Sé nuevamente habitada, y á las ciudades de Judá: Abrios para recibir á vuestros hijos; y yo repoblaré vuestras soledades... Yo diré á Ciro: Tú eres el pastor que he elegido para mi pueblo, y tú cumplirás mi voluntad entera, porque yo quiero que Jerusalem sea levantada de sus ruinas y que se reedifique mi templo... Luego es la hora del último castigo que suena para Babilonia.» Cap. XIV: «Yo borraré el nombre de Babilonia, yo aniquilaré su raza, sus habitantes, sus vestigios; yo la entregaré al erizo de las ruinas, la cubriré de pantanos, barreré la última huella de aquella morada maldecida.» Todos estos oráculos se han cumplido, y hé aqui de qué manera un ilustre arqueólogo, Raoul-Rochette, terminaba en la *Universidad católica* (tom. IV) sus lecciones sobre las ruinas de Babilonia: «Deséase saber por qué poseemos tan pocos de sus monumentos? porque no hemos podido sacar de sus restos más que algunos fragmentos de ladrillos y algunos cilindros de metal. Es que la desolacion aleja de ella á todos los habitantes de la comarca, la desolacion, que parece un carácter tan distintivo como providencial de aquella antigua ciudad. Ella no es ya hoy, y desde muchos siglos, más que una guarida de bestias fieras. El leon, el chacal, los buhos, los erizos, los escorpio-

nes, cuantos animales horribles y maléficos ha producido la naturaleza, hállanse allí reunidos, y parecen querer habitar sin reserva aquellos lugares desiertos; es al pié de la letra el cumplimiento de la predicción de la Escritura. Allí no se encuentra abrigo ni asilo alguno; los viajeros desprovistos jamás recorren tales sitios sin desconfianza, y muchos de ellos al penetrar en sus subterráneos corrieron riesgo de ser asfixiados por el hedor que había dejado allí el león... Babilonia, antiguamente capital del más vasto imperio del mundo, parece hoy herida de la maldición; su nombre es un nombre de terror para los habitantes del desierto, él es el espanto de las naciones, y las caravanas se alejan de ella con presteza para evitar hasta el aspecto de sus ruinas.»

*Derrota y cautiverio de Manasés.—Derrota del ejército de Sennacherib.—Caída de Ninive.*—Lib. IV de los Reyes, cap. XXI, v. 10-16: «En castigo de los atentados de Manasés y de su pueblo, el Señor suscitó contra ellos á los príncipes del ejército del rey de Asiria; ellos le cargaron de cadenas y le condujeron á Babilonia.» El escritor sagrado no da muchos pormenores sobre aquel suceso tan desastroso; mas por lo ócnico que él sea, su reseña hállase confirmada por los monumentos en estas dos circunstancias esenciales: que Manasés fué atacado, no por el rey de Asiria en persona, sino por los príncipes de su ejército, y que fué conducido, no á Ninive, sino á Babilonia. En efecto, en una inscripción asiria del prisma de Asserhaddon, publicada por M. Layard y descifrada por M. Oppert (*Anales de Filosofía cristiana*, tomo LXV, páginas 201 y 202), léese: «Asserhaddon gran rey... rey de Asiria, vicario de Babilonia..., hijo de Sennacherib, nieto de Sargon... Yo atacué la ciudad de Sidon... Yo reparé los habitantes de la Siria... todos en países extranjeros... Yo edificué una ciudad... Yo coloqué á mi juez como gobernador...» El título de vicario de Babilonia explica cómo Manasés pudo ser trasladado allí; y si Asserhaddon hubiera ido él mismo á atacar

á Jerusalem, él lo hubiera dicho ciertamente. En la misma inscripción, Asserhaddon, proclamándose rey de Egipto, Meroé y Coush, pone una confirmación inesperada de estas palabras proféticas de Nahum (Cap. II, v. 7-11): «Ninive, ¿vales, tú, más acaso que la ciudad egipcia de No-Ammon? Ella estaba asentada en medio de los canales, teniendo el Nilo por riqueza y baluarte. Coush era su fortaleza, Phus y Lubuin sus aliados, y no obstante ella vió á sus hijos llevados al destierro, y todos ¡sus príncipes tuvieron sus piés cargados de hierros.» Probable es por cierto que dicha gran ciudad de No-Ammon, capital del Egipto, de la cual Rousch, la Etiopía, constituía la fortaleza, es la ciudad de Tebas; puesto que No-Ammon significa en hebreo, *lugar de Ammon*, y el nombre egipcio de Tebas era *Pimanti-Ammon*, ó el lugar de Ammon. En la inscripción asiria, dicho nombre está mutilado. «*Despoja-dor de la ciudad de Arza... hacia el Egipto*, dice Asserhaddon, yo llevé á Asiria sus botines.»

El libro de los Paralipómenos, cap. XXXIII, v. 13, decía: «Sin embargo el Señor atendió la súplica de Manasés y le restableció sobre su trono en Jerusalem. Y Manasés reconoció que Jehová era el Dios verdadero.» Ese restablecimiento parecía enteramente improbable y aun imposible, y la crítica moderna veía en dicho texto y en el de Judith unas interpretaciones sin valor alguno. Empero, hé aquí que Asserhaddon mismo toma la palabra para afirmar la verdad absoluta de los Libros santos. «Yo conté entre los siervos de mi reinado á doce reyes de Siria, más allá de las montañas, *Manasés (Minasi)*, rey de Judá, etc. A todos ellos yo otorgué mis poderes. Ellos me enviaron á Ninive, para la construcción de mi palacio, grandes vigas, minerales, hierro y acero extraídos de sus montañas llenas de bosques. (*Ibid.*) Dicho palacio era una de las magnificencias de Ninive, del cual el profeta Sophontas (cap. II) había dicho: «Jehová hará de Ninive la bella una soledad impenetrable y un vasto desierto. Los ganados de los pastores, los habitantes de las campiñas vecinas se recosta-

rán en sus altas yerbas; el Kaathy el Kippod, esas aves de las ruinas, construirán sus nidos debajo de sus pórticos; una voz despertará el eco de sus palacios devastados, la del cuervo que exhalará un grito lúgubre; el poder de Ninive será aniquilado. Héle aquí, pues, á la ciudad de la gloria y opulencia, que decía en su corazón: Yo soy reina y no tengo rival. ¡Cómo ella se ha convertido en soledad desolada, en guardia de animales salvajes! El viandante silbará sobre sus ruinas, y en su estupefacción levantará su mano asombrada.» Los acontecimientos no tardaron en justificar esa predicción tan solemne como increíble. «La antigua Ninive, dice M. Tafer [*Asiria*, página 253], fué destruida hasta sus cimientos. Ese hecho capital es atestado por todos los testimonios, así sagrados como profanos, y las grandes palabras del profeta tuvieron su cumplimiento. La historia lo pregona á los incrédulos. Herodoto fué el primero que consagró algunas líneas á la caída de Ninive (Lib. I, cap. CIII y siguientes). A Phraorte (el Arphaxad de la Biblia), rey de los Medos, sucedió Cyuxure su hijo; dícese de él que fué más guerrero que sus mayores. El reunió fuerzas y marchó sobre Ninive. El la tenía situada, cuando intervino un grande ejército de escitas. Los medas fueron vencidos y perdieron el imperio del Asia, del cual los escitas se apoderaron. Ellos permanecieron dueños del Asia por espacio de veinte y ocho años, y por su brutalidad é ignorancia multiplicaron los desastres. Cyuxure y los medas consiguieron exterminarlos, y recobraron así el imperio de Asia. Ellos tomaron á Ninive y quedaron dueños de la Asiria, á escepcion de Babilonia.» En su capítulo ciento setenta y ocho, Herodoto añade que la toma de Ninive fué seguida de una ruina completa. «Un pasaje de Abydeno, conservado por Eusebio de Cesarea, nos enseña que el último rey ninivita, apellidado Saras, pegó fuego á su palacio, y desesperado arrojóse en las llamas. Herodoto no aclara en manera alguna el acontecimiento; pudo hasta tal punto reanimar el valor y aumentar las fuerzas de Phraorte, el Arphaxad de los Li-

bros santos. ¿No podemos decir nosotros acaso que la Biblia suple á su silencio; que la muerte de Holofernes bajo los muros de Bethulia y el exterminio del ejército asirio, que la siguió, pudieron muy bien cambiar la faz política del Oriente? Las provincias sacudieron sin duda para siempre el yugo de Ninive, y la soberanía pasó al rey de los medas. Sea como fuere, la profecía fué perfectamente cumplida. Ninive, la ciudad inmensa, de siete leguas de extension, segun Diodoro de Sicilia, y de las diez y ocho leguas de circunito, habia desaparecido tan completamente, parecia aun tan imposible el descubrir el lugar en que ella habia estado, que el racionalismo sentíase fatalmente inclinado á poner en duda los datos de la Biblia y de Herodoto. Mashé aquí que un explorador afortunado, M. Botta, cónsul de Francia en Mossoul, ha venido á demostrar hasta la evidencia, por el descubrimiento y el desenterramiento del palacio construido en parte por Asserhaddon y en parte por Nabucodonosor I, que la gran Ninive cubria el espacio que separa á Khorsabad del Tigris, y que su magnificencia correspondia plenamente á los recuerdos de los profetas, lo mismo que á los relatos figurados y eminentemente poéticos del Oriente.

Otro cónsul de Francia en Mossoul, M. Victor Place, ha completado el descubrimiento maravilloso de su predecesor, M. Botta; encontrando en una estancia subterránea la provision entera de los instrumentos de hierro y acero que sirvieron para la ereccion de aquellos monumentos espléndidos, cadenas, garfios, martillos, picos, azadones, mazas para romper y labrar las piedras, rejas de arado, etc. El peso total de dichos instrumentos era de tres á cuatro mil kilogramos, y, á pesar del orin ó moho que cubria su superficie, todos ellos estaban perfectamente conservados (Carta de M. de Longperrier, *Cosmos*, cuadernos de mayo de 1853). Hé aquí, pues, una masa de hierro y acero que se remonta á fines del siglo décimo octavo antes de la era cristiana, y que atestigua una civilizacion adelantada, ¡ay! demasiado adelantada. El vidrio mismo era á

la sazón fabricado, puesto que se ven, representados sobre la piedra por un hábil cincel, algunos brindis pronunciados con el vaso en la mano.

*La configuración de los animales simbólicos descritos por Ezequiel, encontrada de nuevo en los monumentos asirios.*— Los museos asirios de París y de Londres ofrecen hoy á las miradas asombradas, varias estatuas colosales llamadas impropriamente *Toros alados*, y que parecen haber sido sacados de su olvido secular, para ser testimonios gigantescos de la verdad de los Libros santos. «Cuatro de aquellas enormes figuras, dice el abate M. Darras [*Historia de la Iglesia*, tomo III, pág. 238], en las cuales la Asiria había simbolizado el Génuo, la estabilidad del Poder y la actividad de su Imperio, decoran en la actualidad la primera sala del museo ninivita del Louvre. Coloquémonos, pues, delante de una de ellas, y con el texto del profeta á la vista [*Ezeq.*, cap. I, v. 5], analicemos en todos sus detalles aquellos monumentos extraños. Allí veremos un animal alegórico con rostro humano, cuerpo de toro, cola de león y alas de águila, cuya actitud no carece de majestad, ni de unidad, ni de cierto carácter artístico. La dignidad humana es la que predomina en el conjunto y cautiva sobre todo la mirada; es por cierto lo que decía el profeta: «El aspecto de ellos es una semejanza humana.» Si se fija bien la atención descúbrese allí todas las particularidades de la visión profética. «Los piés de ellos son unos piés derechos, cuya planta es semejante á la de un pié de toro. Cada uno de ellos camina delante de su rostro; ellos tienen á la derecha cuatro caras de león, á la izquierda cuatro figuras de toro, en lo alto cuatro figuras de águila, con alas extendidas.» La única diferencia entre los animales de la visión y el elemento lapidario, está en que el profeta tenía otra ala abitada sobre todo el cuerpo, cuya desnudez ella velaba.

*Ruinas de Tiro.—Profecías de Ezequiel.*—«Ciudad sober-

bia, que reposas sobre las orillas de los mares, Tiro, tú que dices: *Mi imperio se extiende hasta los límites del océano*, escucha el oráculo pronunciado contra tí: Tú llevas tu comercio á las islas lejanas, entre los moradores de las tierras desconocidas; bajo tu mano los abetos de Sanir conviértense en navíos, los cedros del Líbano en mástiles, los álamos de Basan en remos, tus marineros se sientan sobre el boj de Chipre, adornado de embutidos de marfil; tus pabellones están tejidos con el lino más hermoso de Egipto; tus vestidos están teñidos con el jacinto y la púrpura del Archipiélago. Sidon y Arad te envían sus remeros; Djabal sus hábiles constructores: tus mismos géometras y sabios diseñan tus proas. Todas las naves de la mar hallanse empleadas en tu comercio; tienes á tu sueldo al persa; al lidio y al egipcio; tus murallas están adornadas con sus escudos y corazas. Los hijos de Arad orlan tus parapetos, y tus torres, guardadas por fenicios, brillan con sus carcajes. Todos los países se afanan por negociar contigo. Tarsis envía á tus mercados plata, hierro, estaño y plomo; la Jonia, el país de los Moscos y de Teflis te aprovisionan de esclavos y vasos de cobre; la Armenia te envía mulos, caballos y caballeros; numerosas islas cambian contigo el marfil y el ébano. El sirio te trae el rubí, la púrpura, las ricas telas, el coral y el jaspé. Los hijos de Israel y de Judá te venden el trigo, el bálsamo, la mirra y el aceite, y Damasco te envía el vino de Halbon y las lanas finas. Los árabes de Oman ofrecen á tus mercaderes el hierro pulido, la canela y la caña aromática; y el árabe de Dedan, tapices para sentarte. Los habitantes del desierto y los oheiks de Kedar pagan con sus caballos y corderos tus ricas mercancías; los árabes de Sabá (en el Yemen) te enriquecen con el comercio de las drogas odoríferas, de las piedras preciosas y del oro; los agentes del asirio y del caldeo comercian contigo y te venden mantos artísticamente bordados, arboladuras, cordajes y cedros; por último los famosos navíos de Tarsis navegan á expensas tuyas. ¡Oh Tiro, orgullosa de tanta

gloria y riqueza! muy pronto las olas del mar se levantan contra tí, y la tempestad te precipitará en el fondo de las aguas. Entonces sumergiránse contigo tus tesoros; contigo perecerán en un día tu comercio, tus traficantes, tus corresponsales, tus marineros, tus pilotos, tus artistas, tus soldados y el pueblo inmenso que puebla tus murallas; tus remeros abandonarán tus naves, tus pilotos se sentarán sobre la playa, con la mirada triste y fija en el suelo. Los pueblos que tú enriquecías y los reyes cuya gula tú saciabas, consternados de tu ruina, exhalarán gritos de desesperación. En su duelo mesarán sus cabellos, arrojarán ceniza sobre su frente desnuda, se revolcarán en el polvo y dirán: *¿Quién jamás igualó á Tiro, aquella reina del mar?*

«Hé aquí lo que dice el Señor: Las piedras preciosas formaban tu adorno; el rubí, el topacio, el jaspé, el crisólito, el onyx, el berilo, el zafiro, el carbunco y el oro resplandecían sobre tí.—Semejante á un querubín, tú estabas establecida sobre el monte santo del Señor.—Tu corazón engrióse por causa de tu belleza; perdiste tu sabiduría y gloria. Yo quiero derribarte sobre la tierra; quiero ponerte á las plantas de los reyes para que ellos contemplan tu ruina.—En la multitud de tus crímenes y en la iniquidad de tus tráfico, tú mancillaste tu pureza; por eso yo te derribaré, yo hundiré tus edificios que se desplomarán en escombros incendiados.—Yo te volveré á la piedra, tú servirás para secar las redes, y no serás mas reedificada, porque yo, Jehová, he hablado, dice el Señor Dios.» Hé aquí el oráculo. Eco brillante de una grandeza y de una prosperidad que las nuestras no eclipsan ciertamente. Hé aquí el cumplimiento.

M. de Volney, al comparar el estado actual de Tiro con la profecía, á pesar de su incredulidad conocida, hace esta reflexión notable: «Las revoluciones de la suerte han cumplido este oráculo. En lugar de aquella antigua circulación tan activa y vasta, Tiro, reducida al estado de un miserable villorrio, no tiene ya otro comercio que una ex-

portación de algunos sacos de granos y de algodón ó de lana, ni otros comerciantes que un agente griego al servicio de los franceses de Saida, que apenas gana para sostener á su familia. La suerte ha herido á Tiro, la reina de los mares, la cuna del comercio que civiliza al mundo. Sus palacios fueron sustituidos por cabañas miserables; el pescador indigente habita los sótanos abovedados donde en antiguos tiempos eran amontonados los tesoros del mundo; una columna en pie en medio de las ruinas señala el sitio en que se hallaba el coro de la catedral consagrada por Eusebio.»

El viajero inglés Maundrell dice que en Tiro ya no se ve más que algunos restos de murallas, bóvedas y columnas rotas, y que no se encuentra allí ni una casa entera. «Parece, dice el citado autor, que aquella ciudad haya sido conservada en aquel punto como una prueba visible del cumplimiento de la palabra divina: *Ella será como la cima de una roca, ella servirá para secar las redes de los pescadores.*»

«La sola curiosidad, dice M. Bruce, me indujo á pasar por Tiro, y yo fui el triste testigo de las profecías. Dos miserables pescadores, después de haber cogido un poco de pescado, acababan de tender sus redes sobre las rocas de Tiro.» (Tomo III, pág. 62).

«Todos aquellos que han hollado dicha playa desolada, dice monseñor Meslin (*Los Santos Lugares*, tomo I, página 543), se han sentido poseídos de estupor y admiración ante aquel prodigio permanente de la cólera de Dios, han abierto el libro de los Profetas, y sólo han encontrado los acentos de Ezequiel ó de Isaias para expresar los sentimientos que oprimian sus almas.»

*Ruina de Samaria.*—El nuevo rey de Samaria, Oseas, hijo de Ela, que acababa de comprar á costa de un homicidio una corona que debía caer con él, valía sin embargo más que sus predecesores. «Él hizo también, dice la Escritura (Lib. IV de los Reyes, cap. XVII, v. 1-2), el mal en presen-

cia de Jehová, pero con menos crueldad que los demás reyes de Samaria.» Entre todos los asesinos que se sucedían hacia un siglo sobre aquel trono sangriento, él mereció una restricción en la reprobación. La Justicia divina iba por fin á descargar el golpe terrible anunciado por tantos profetas. Desde Amós, el pastor inspirado de Thecue, Isaías había renovado en nombre del Señor contra la orgullosa capital de Israel varias amenazas que no habían sido mejor escuchadas. Cap. IX, v. 9: «En la insolencia soberbiosa de su corazón, decía él, los habitantes de Samaria han dicho: Si los ladrillos de nuestros palacios y baluartes se desploman, nosotros los reconstruiremos con sillares; el enemigo ha cortado nuestros sicomoros, nosotros los reemplazaremos con cedros. Sin embargo Jehová arma contra ellos la mano, que aterró á *Rasin*, el rey de Damasco. Él llama contra Samaria á todos los enemigos á la vez, la Siria al Oriente y los Filisteos al Occidente; todos juntos, como una jauría hambrienta, van á devorarla; Jehová aniquilará á Israel como una serpiente cuya cabeza y cola son aplastadas. La cabeza de dicho pueblo son los ancianos con la majestad de las canas y la experiencia de la edad; la cola son los profetas de la mentira, que la alimentan de ilusiones y errores. Aquel día, los doctores de impiedad, que adulan á la nación en sus crímenes, serán llamados seductores, y aquellos cuyos desórdenes ellos fomentan serán precipitados de lo alto de sus baluartes. La clemencia de Jehová no se dejará mover, ni en favor de la juventud, ni en favor de la viuda y del huérfano, porque todas las frentes se han cubierto de hipocresía, todos los corazones se han abrevado de perversidad y todos los labios se han abierto á las palabras de la impiedad. Pues bien, la impiedad háse encendido como un fuego ardiente; ella va á consumir á Samaria, lo mismo que la llama devora un zarzal de espigas secas: la capital de Israel será semejante á un bosque que el incendio devasta y que el ojo distingue en los torbellinos de una columna de humo. El asirio ha dicho: ¿acaso Samaria no tendrá la suerte de Damasco?»

La hora había llegado. *Teglat Phalasar IV* había tenido por sucesor en Nínive á *Salmanasar V*. El nuevo príncipe asirio, desde el primer año de su reinado (725) habíase arrojado sobre Israel como sobre una presa.—Libro IV de los Reyes, cap. XVIII, v. 9: «Y en el cuarto año del rey Ezequías, que es el séptimo de Oseas, hijo de Ela, rey de Israel, vino *Salmanasar*, rey de Asiria, hacia Samaria y la sitió.—10. *Y ellos la tomaron al cabo de tres años*: en el año sexto de Ezequías, que es el noveno de Oseas, rey de Isrgel, fué tomada Samaria.—11. Y el rey de Asiria condujo á Israel á Asiria, y los trasportó á Kalah y Habor, cerca del río de Gozan y á las ciudades de Media. «Habíase extrañado hasta ahora la duración del sitio de Samaria. La capital de un reino enteramente despoblado no podía fácilmente, en las circunstancias ordinarias, oponer una resistencia tan larga á un ejército de invasión como el del rey de Nínive. Notábase además la particularidad de que el texto bíblico, después de haber nombrado á *Salmanasar*, rey de Asiria, como teniendo sitiada á Samaria, pasa de repente del singular al plural, añadiendo sin transición alguna: *y ellos la tomaron al cabo de tres años*. Indicábase todavía una diferencia en el nombre de *Salmanasar*, dado por el libro de los Reyes al monarca asirio que puso cerco á Samaria, y el de *Enemessar* dado por el libro de Tobías al monarca asirio que la tomó. Bien es verdad que se identificaban esos dos nombres, haciéndose así desaparecer la dificultad; mas eso era eliminarla, no resolverla.

Por último, un texto de Isaías que ha permanecido inteligible hasta nuestra época, venía á complicar todavía el enigma. Isaías hace datar su profecía contra el Egipto y la Etiopia, del año en que el *Tartan* enviado por *Sargon*, rey de Asiria, marchó contra *Asdad* (*Azot*), la sitió y se hizo dueño de ella. Pues bien, ninguna noticia se tenía de ese *Sargon*, del cual no existe mención alguna en la Biblia.

La indicación de Isaías parecía establecer que un rey de Asiria, nombrado *Sargon*, había reinado entre *Salmanasar* y *Sennacherib*. Empero, ¿cómo *Sargon* hubo de inter-